

# El Terrorismo y el Islam

(Diálogo entre Monseñor Héctor Aguer y Fernando de Estrada)



el 10 de julio de 2005 en el programa "Los Dos Reinos", que se emite los domingos a partir de las 9 por AM 1270 Radio Provincia de Buenos Aires)

**Fernando de Estrada:** -El atentado de Londres ha puesto otra vez de actualidad aunque nunca había dejado de estarlo plenamente- el tema del terrorismo. Con todas las implicaciones que tiene: su significación inmediata, los problemas internacionales a los cuales está directamente vinculado, y el fondo cultural y religioso que tiene todo terrorismo. Siempre que se produce alguno de estos episodios se evoca espontáneamente aquella novela de Fedor Dostoievski "Los Demonios", donde se describe la personalidad del terrorista.

Este caso de Londres parece, por lo que se sabe, estar inscripto en las líneas de acción del fundamentalismo islámico, que no representa estrictamente al islamismo, pero se parece mucho más al tipo de terrorismo nihilista de todos los tiempos en el sentido de que éste aborrece al hombre, aborrece la imagen de Dios en el hombre. Por eso tampoco se lo puede considerar religioso a este terrorismo llamado islámico.

**Monseñor Héctor Aguer:** -Sólo que existe también un ingrediente, si se quiere decir así, una orientación, que ellos mismos han manifestado. Quiero decir que en los portavoces de estos movimientos terroristas se advierte de algún modo la presencia de ese tema llamado choque de civilizaciones, haciendo alusión a la tesis de Samuel Huntington: hay una especie de inquina contra lo que ellos llaman Occidente, Occidente que después de todo ha sido infiltrado por la presencia abundantísima de grupos familiares y de organizaciones que tienen su origen en países que profesan la fe musulmana.

Me parece que este ingrediente también es notable, este factor religioso y cultural que enfoca una especie de adversidad entre Oriente y Occidente, o entre los países musulmanes y el mundo que ellos llaman o consideran cristiano, y que calificaría de post-cristiano, que poco tiene que ver con lo que fue en otro tiempo la *res publica christiana* de Europa.

**Estrada:** -Por otra parte, esta actitud que Usted bien señalaba puede perjudicar a los islámicos que viven en los países occidentales, pese a lo cual algunos de ellos adhieren al terrorismo. Aquí se manifiesta otra característica típica del terrorismo: el ideologismo, que aparece en este caso con la forma de la idea de que si se castiga a

Occidente va a ser en beneficio de ese Oriente muchos de cuyos hijos residen ya en Occidente.

**Mons. Aguer:** -Muchos de ellos se han integrado a las sociedades de Occidente pero hay grupos muy reaccionarios de gente islámica que pareciera que están utilizando la posibilidad de integración que brindan las sociedades abiertas occidentales para atacarlas desde dentro con ese ideologismo que tiene, sí, matices interesantes; por ejemplo, alguna vez he oído declaraciones de estos grupos que se referían a cobrarse en el caso de Francia la derrota de Poitiers, o en el caso de la reconquista española retomar la Andalucía y volver a las posesiones islámicas que ellos mantenían en la Edad Media y a las invasiones que efectuaron en el mundo mediterráneo hasta bien entrado el siglo XVIII.

**Estrada:** -Ese tipo de memoria histórica es un desatino completo, pues con los mismos criterios se podría decir que Francia e Inglaterra, que dominaron el Medio Oriente hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial, ¿por qué no recuperarían esos territorios? Así podríamos remontarnos a los anales más antiguos de la Historia y siempre existiría por lo menos algún residuo de grupos humanos antiquísimos que se considerarían con derecho a mover guerras permanentes. Esta pretensión ilustra a las claras acerca de uno de los mecanismos de las ideologías, es decir, su enorme cuota de soberbia; en efecto, los portadores de estos virus espirituales y morales sienten la certeza no sólo de que la verdad los asiste a ellos de manera exclusiva, sino de que les concede además un derecho especial para imponerla a todo precio, y a precio tan elevado como la vida del prójimo y del prójimo indeterminado.

**Mons. Aguer:** -Así es, de multitudes de inocentes como solemos decir rápidamente; es un prójimo indeterminado. Esto es lo que tiene de más brutal, de más criminal este tipo de atentados.

**Estrada:** -¿Cómo es posible que el terrorista esté tan seguro de que él tiene razón como para pagar este precio de homenaje a sus convicciones? Todos sabemos, de alguna manera, cuáles son nuestras limitaciones, o por lo menos sabemos que las mismas existen. Y antes de tomar una decisión muy terminante -¡y por supuesto mucho menos importante que ésta!- vacilamos, reflexionamos y a veces pasamos a la acción con muchas dudas... Pero para cometer hechos de esta naturaleza hay que haberse borrado de sí mismo los elementos que son definitorios de la personalidad humana.

**Mons. Aguer:** -Allí hay elementos de orden psicológico, y más aún, metafísico, pero el elemento religioso no puede ser descartado. Recientemente, desde que se dieron a conocer estos movimientos terroristas, se entabló una discusión acerca de la composición del mundo islámico, sobre si efectivamente podría establecerse una distinción entre una profesión pacífica del islamismo y el fundamentalismo, especialmente en lo que tiene de vertiente terrorista. Digo que es una discusión porque no hay mucho acuerdo al respecto. Es verdad que uno conoce personas y movimientos que profesan la religión islámica y que no tienen nada que ver con todo esto de lo cual estamos hablando, pero por otra parte incluso los países que son oficialmente islámicos han demostrado ser el soporte financiero y político de estos movimientos terroristas, países donde además se reprime toda libertad religiosa y donde la Iglesia Católica y en general el cristianismo no pueden siquiera cumplir con la función básica de evangelizar.

**Estrada:** -En esos países se da la base de intolerancia necesaria para conformar la mentalidad del terrorista, aunque creo que sus gobernantes ven cómo esa planta que están regando es una planta carnívora que puede desviar sus tentáculos hacia ellos en

cualquier momento.

**Mons. Aguer:** -Otro factor importante en esto es también la evidente fragilidad de Occidente, que al parecer domina la Tierra entera y pone las pautas de la globalización, para este tipo de ataques. Y hay que ver si esta fragilidad no se relaciona con su alejamiento del orden cristiano, porque los terroristas islámicos tienden a confundir el occidente actual con el cristianismo o con el catolicismo pero nosotros sabemos muy bien que los países occidentales no sólo han dejado de ser oficialmente cristianos sino que sus sociedades están profundamente descristianizadas. Es para preguntarse si la finalidad que el Occidente actual propone al hombre y a la sociedad tiene algo que ver con los principios cristianos, y eso es posiblemente la causa de la gran fragilidad que aquí se observa.

**Estrada:** -Y de allí el error profundo que se da tanto entre estos movimientos terroristas o entre los islámicos no terroristas y entre occidentales de variados pelajes, cuando se habla, por ejemplo, de las Cruzadas como un tipo de relación entre Occidente y Oriente del cual la sociedad occidental contemporánea sería continuadora. De ninguna manera: la sociedad occidental que generó las Cruzadas era profunda y esencialmente distinta del Occidente de hoy, cuyos objetivos son principalmente materialistas y por ello totalmente diversos del sentido religioso que caracterizó a la Edad Media.

**Mons. Aguer:** -Más allá de los reparos que pudieran ponerse a la realización concreta de las Cruzadas, el espíritu que las inspiró no era el de los globalizadores de hoy.

**Estrada:** -Podría decirse que la Cristiandad medieval de la cual brotaron las Cruzadas se parecía más al mundo islámico de lo que se parece al Occidente de hoy. Pero al fenómeno terrorista hay que verlo como una pérdida de autenticidad religiosa que se da también en los países islámicos, en la medida en que lo aceptan como método de lucha. El terrorista ha renunciado a su humanidad, con la consecuencia de que no puede comprender la humanidad de los otros. Podemos decir entonces que allí no hay fundamento religioso de ninguna índole, ni siquiera islámico porque, repitémoslo, el Islam es uno de los pueblos bíblicos, uno de los pueblos del Libro, que comparte la convicción de que el hombre es imagen de Dios, lo cual resulta incompatible con un terrorismo que desconoce lo que es el hombre. Y en el que por consiguiente no puede ver reflejado a Dios.

**Mons. Aguer:** -Ciertamente, pero también en la medida en que pudiera afirmarse que hay cierto islamismo auténtico manifestándose en estos hechos y en estos movimientos terroristas se estaría destacando la ambigüedad original del mahometismo, donde se mezclan elementos judíos, elementos cristianos heterodoxos (por ejemplo nestorianos) y creencias ancestrales de los pueblos árabes que constituyeron la primera avanzada del Islam en el mundo. Creo que todo eso exhibe también una cierta ambigüedad del islamismo en sí mismo.

**Estrada:** -Sí, seguramente. Y vemos también en este caso cómo no se puede desconocer la multiplicidad de factores y matices que se dan en la realidad humana y que no pueden quedar anulados por ideas generales como la de la globalización o algunos otros mitos políticos semejantes.



# Deuda externa: la visión de la Iglesia

por Monseñor Héctor Aguer



En fecha reciente, se ha publicado la edición en castellano del *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, obra elaborada por el Pontificio Consejo de Justicia y Paz, según encargo del santo padre Juan Pablo II. Se trata de un documento de singular importancia, pues sintetiza las enseñanzas que la Iglesia desde sus primeros tiempos, pero en especial a partir de 1891 imparte sobre las realidades sociales. La mencionada fecha de 1891 corresponde a la promulgación de la encíclica *Rerum novarum* por el papa León XIII, la cual inicia la serie de documentos eclesiásticos que versan principalmente sobre los problemas suscitados por la industrialización y las sucesivas transformaciones económicas, sociales y políticas.

Pocas épocas han estado tan necesitadas como ésta del sentido de justicia como principio regulador de las relaciones entre los hombres, aunque nos consta que este sentido no tuvo muchas oportunidades de resplandecer, en un período histórico caracterizado por distintas formas de explotación del ser humano, por las guerras mundiales y por los totalitarismos. La Iglesia, sin embargo, se ha mantenido como heraldo de tal sentido de justicia, con esperanza y sin desánimo. El Compendio lo demuestra elocuentemente, en particular por sus recomendaciones para situaciones de acuciante actualidad.

Así lo comprobamos en una cuestión harto concreta que nos concierne a los argentinos: la deuda externa. Dice al respecto el Compendio: "El derecho al desarrollo debe ser tenido en cuenta en las cuestiones ligadas a la crisis que, por sus deudas, afecta a muchos países pobres. Tal crisis reconoce en su origen causas complejas y de género variado, sean de carácter internacional fluctuaciones cambiarias, especulaciones financieras, neocolonialismo económico, sean de índole interna de cada país endeudado: corrupción, mala gestión de los dineros públicos, utilización distorsionada de los préstamos recibidos.

"Los sufrimientos mayores, atribuibles a cuestiones estructurales, pero también a comportamientos personales, castigan a las poblaciones de los países endeudados y pobres, que no tienen ninguna responsabilidad. La comunidad internacional no puede descuidar tal situación: aunque reafirmando el principio de que las deudas deben ser honradas, es necesario hallar la vía para no comprometer el fundamental derecho de los pueblos a la subsistencia y al progreso."

El magisterio de la Iglesia vuelve, con el párrafo citado, a enfrentar expresamente este problema capital, que debe ser llamado así porque de él derivan muchos otros. En intervenciones anteriores, la Santa Sede ha afirmado que el mecanismo de la deuda

compromete las economías y los niveles de vida de los países en desarrollo, y ha reclamado aplicar una ética de supervivencia que regule la relación entre acreedores y deudores.

Estas declaraciones se fundan, en última instancia, en la clásica doctrina católica relativa a la usura, ese flagelo de la sociedad que, según podemos apreciar se daba ya en los tiempos bíblicos, puesto que su condena tiene apoyo, precisamente, en la Sagrada Escritura. Tal sentencia encuentra su correlato en una filosofía de la economía y en una teoría del dinero, el cual para la tradición católica es un puro instrumento de medida del valor de los bienes, carente de valor intrínseco y referido esencialmente al trabajo, a su vez la fuente prioritaria de la producción de riqueza. Cuanto más se reconoce al dinero fertilidad y productividad intrínsecas, tanto más se debilita la primacía del trabajo, que termina tiranizado por el poder del capital financiero, extraño a los riesgos de la producción.

Todos éstos son conceptos de actualidad dramática para la Argentina. En efecto, no podemos olvidar la frivolidad con que, en tiempos recientes, nuestro país se fue endeudando muy por encima de sus posibilidades de pago, y no para favorecer inversiones de desarrollo, sino para mantener un bienestar financiero aparente, cuya falta de sostén económico auténtico fue oportunamente señalado por personalidades esclarecidas. Sobre ellas descendió, las más de las veces, un manto de silencio en los medios de comunicación y en demasiados ámbitos académicos. Y así, cuando las predicciones críticas no agoreras, sino racionales se cumplieron, la insolvencia del Estado y el perjuicio de los acreedores tomaron de sorpresa a la mayoría de la población. Los reclamos y actitudes que asumieron entonces gobernantes y gobernados se caracterizaron por la improvisación y el voluntarismo, hasta que, de alguna manera y dentro de ciertos límites, el tejido social se ha ido restaurando por acción del trabajo propio y por algunas circunstancias internacionales favorables.

Se ha restaurado, sí, de sus heridas más sensibles, pero se trata de una recuperación de niveles de producción y consumo ya obtenidos en el pasado, por lo cual en realidad asistimos a una convalecencia antes que a un proceso de crecimiento. ¿Volverá el enfermo a las prácticas que lo llevaron a su mal o aprovechará la mejoría para desarrollar los hábitos necesarios a la salud?

Las circunstancias nos han puesto ante una opción a la cual no nos es dado escabullirnos ni fingir distracción ni ignorancia. Sin embargo, la Argentina ha vivido en otros momentos de su historia situaciones similares, y no puede decirse que haya extraído de ellas la moraleja correspondiente. Cuando se oye hablar hoy de "regreso a los mercados de capital" y se escuchan otras expresiones de optimismo parecidas acerca de la viabilidad de alguna suerte de nueva patria financiera, aparecen motivos para temer que la lección no haya sido, tampoco ahora, suficientemente aprovechada.

Por otra parte, el mejoramiento de las condiciones para el pago de nuestra enorme deuda externa no equivale a la resolución del problema que ella significa. Las sumas comprometidas actualmente en el presupuesto general de la Nación para el pago de intereses representan porcentajes demasiado aproximados, por ejemplo, a los de 1998 cuando se decía oficialmente que todo andaba a pedir de boca como para no suscitar nos preocupación. Y aunque ya no se menciona con la frecuencia de antes el odioso "riesgo país", no es cuestión de olvidar que en la actualidad se lo mide en cifras

todavía muy altas; es decir, gravita de manera determinante para que cualquier préstamo privado tomado por la Argentina asuma características usurarias y sea, en definitiva, impagable. La usura no consiste solamente en la aplicación de intereses exorbitantes, sino también en este hecho: que el deudor no pueda jamás dejar de ser deudor.

Es tiempo de que las actividades financieras en que se comprometen los gobiernos vuelvan a ser lo que en su origen era el compromiso de los organismos internacionales de crédito: oportunidades para el desarrollo de las naciones. Desde luego, ello implica no sólo que la Argentina extreme su prudencia y sentido común, sino también que se emprenda la reforma del sistema financiero mundial y el desmontaje de la maquinaria siniestra de una economía artificial en la que la especulación usuraria prevalece sobre la producción de bienes y la realización humana a través del trabajo.

**Monseñor Héctor Aguer**

**Arzobispo de La Plata**

**Por Héctor Aguer**  
**LA NACION, 30 de junio de 2005**

# ¿Por qué fracasa la educación norteamericana? (I Parte)

*por Ricardo de la Torre*

Según la opinión del racionalista francés Ernest Renan, la educación norteamericana a mediados del siglo XIX se resumía en esta sugestiva observación: *"La profundidad de la instrucción de un pueblo es un efecto de la alta cultura de ciertas clases. Los países que han desarrollado una considerable instrucción popular sin altos estudios serios a la larga expiarán su falta con la mediocridad intelectual, la vulgaridad de costumbres, la superficialidad de espíritu y la falta de una visión general e inteligente de las cosas"*.

Más recientemente, el inglés Angus Maude completó ese diagnóstico acercándonos al meollo de la cuestión: *"Si lo dejamos libre, el moderno filántropo-humanitario producirá una sociedad más ineficiente que la que tiene. Peor aún, destruirá la cultura pretendiendo que el cultivo del intelecto no interesa. En el contexto educativo él querrá que todos los estudiantes tengan igual educación, pero en términos prácticos, esto significa que no quiere ningún elemento que permita que algunos emerjan sobre otros. Tales sentimientos igualitarios conducirán a la destrucción de la educación y a la abolición de los niveles académicos"*.

*"En educación, más significa peor"* afirma Kingsley Amis-. *"El aumento del número de estudiantes baja los standards, a la vez que los aleja de las actividades prácticas para las cuales están más calificados"*.

Toda esta situación que venimos exponiendo a través de testimonios valederos lleva al sociólogo Ernest van der Haag a calificarla como de "inflación educativa".

A partir de John Dewey existió un artículo de fe: todo americano podrá educarse hasta un nivel de *College*. Y esto se puede confrontar con la realidad de los últimos años: los egresados de *College* no llegan al nivel de los del *High School* de 1950. Esto no significa que la filosofía educativa de los primeros cincuenta años del siglo XX haya sido la adecuada sólo se puede decir de ella que ha sido mejor que la actual- pero también es su preludio. Hoy se valora más lo efímero que lo tradicional, se cree que el cambio es de por sí virtud, que la constancia intelectual es un absurdo, o lo que es peor, un vicio.

A principios del siglo XX la profesión de enseñar dejó de personificar a los valores tradicionales. Se dio más importancia a la instrucción que a la educación, a los métodos sobre la transmisión de hábitos, al experimentalismo sobre el clasicismo, a la praxis sobre la actitud teórica.

Todo este instrumentalismo no era, por cierto, una novedad a principios del 900. Había comenzado cien años antes con Jefferson, pero Dewey le dio carácter de virtud metafísica y como tal se lo desarrolló en los líderes de la educación norteamericana.

Pero los conceptos de Tomás Jefferson en la fundación de la Universidad de Virginia fueron a su vez muy diferentes a la concepción colonial, y aquí reside la clave del dilema educativo norteamericano. Es difícil para un estudiante norteamericano

entenderlo, pues hoy los obstáculos son formidables. Nuestra imagen del sistema educativo es vaga e imprecisa. La prensa, la televisión, la radio son los encargados de difundirla, y como el periodismo está saturado con la jerga educativa que los *College* y la Escuela tienen desde John Dewey hasta nuestros días, sufren de una inclinación a ideologizar o a vulgarizar, lo cual es causa de las simplificaciones o malos entendidos que distorsionan la imagen de la Universidad.

Nada ocurre en materia de universidad que pueda ser explicado en términos psicológicos o pedagógicos; la crisis sólo se puede comprender históricamente trazando una línea hasta sus orígenes y esforzándose en develar cuál fue el mal en sus inicios. Se descubrirá rápidamente que la historia de la universidad norteamericana está llena de mitos. Mitos que fueron contruidos para justificar un punto de vista ideológico o educativo. El mayor de todos es el referente al origen y función intelectual de las universidades. En términos sencillos se supone que nacieron en el fermento del iluminismo o en la edad de la Razón o en la reforma religiosa colonial o en esos grandes movimientos históricos liberales asociados con el despertar de la modernidad. Tomás Jefferson trató a menudo de probarlo; sin embargo, estas universidades no le deben más que algunos cursos tendenciosos a esa época moderna.

En efecto, Harvard (1636), College of William and Mary (1693), Yale (1701), Princeton (1747), Pensilvania (1735), Kings (1756, luego Columbia), Brown (1764), Rutgers (1766) fueron creadas bajo los auspicios de ideas más antiguas que lo que algunas de las actuales generaciones de educadores quieren hacer creer. Esto no había que recordárselos a los alumnos y profesores de la universidad colonial para que ellos comprendieran lo que era una universidad. No se puede decir lo mismo de los contemporáneos por la simple razón de que la Universidad ha cambiado de rumbo, es decir, ha dejado de lado su misión educativa primaria. Esto no ocurrió recientemente sino con el comienzo de los Estados Unidos como nación, y rápidamente se dejó que las mejores universidades abandonaran los propósitos para los cuales habían sido establecidas. En vez de estar dedicadas a lo que Hastings Rashdall ha llamado "la consagración del estudio" han llegado a ser lugares de vocaciones instrumentales, dedicadas al gusto por lo efímero, de donde nace su triste presente.

En el contexto de los *campus* de las últimas décadas que expresan su disconformidad con toda una retórica revolucionaria o bien se muestran desbordantes de escepticismo, tal como lo describen Alan Bloom o Christopher Derrik, es bueno recalcar que las universidades se originaron en un período en el cual no se requería tal retórica y no se descreía en la verdad. Como muchas otras instituciones que consideramos valiosas, nacieron en la Edad Media. No sorprende que el ideólogo moderno prefiera ligarla a períodos más afines a su gusto y que se entristezca al saber que los griegos y romanos no tenían tales instituciones, que la Academia no tenía graduados, que los filósofos del iluminismo preferían las comodidades de los grandes salones al disciplinado clasicismo de las universidades yanquis del 700.

Estas universidades son las que según Charles Homer Haskins crean esa tradición universitaria del mundo moderno que pertenece a todas las instituciones de alta enseñanza, tanto la más nueva como la más vieja, y que todos los *Colleges* y universidades deberán mantener viva. Eran contruidas sobre hombres, sin los vastos edificios, laboratorios, gimnasios y bibliotecas que se han asociado a la vida universitaria. Lo que el siglo XVII y XVIII inventaron fue un sistema de educación organizada que formalizó cursos y *Colleges*, exámenes y ceremonias de graduación, y eso es lo que se heredó en esas universidades y lo que construyó sus bases. Pero, ¿cuántos educadores actuales reconocen esta deuda? Esas universidades contruidas sobre el hombre respetaban el trivium y el quadrivium.

Christopher Derrick nos recuerda en su libro "Huid del Escepticismo" que la tarea principal del *College* era profundizar en la educación básica: leer, escribir y hacer cuentas. Avanzar en las tres cosas con pleno rigor intelectual hasta el límite de la capacidad de cada uno. La gramática vendría a ser "el arte de leer", la retórica "el arte de escribir y hablar", y la lógica "el de pensar". Luego vendrían los números, no con un fin utilitario sino para percibir el orden creado, el cosmos, de una forma distinta del lenguaje para poder apreciarlos en la música y en la astronomía. Y no es que Derrick descrea en el progreso de los conocimientos desde el Medioevo hasta nuestros días, sino que afirma que la única manera de desarrollarlos es sobre bases firmes. La ciencia y todo otro adelanto debemos incluirlo dentro de esa estructura intelectual básica.

De este modo se enfatizaban algunas disciplinas como la lingüística y el pensamiento matemático, se conocía realmente a Cicerón en su latín original, se dominaban las declinaciones y conjugaciones griegas, y no había materias electivas ni cursos de economía, ni de *business administration*, ni de sociología. Quizás la mayor diferencia entre el París medieval y el Harvard colonial era el hebreo, por el énfasis puritano que también encontramos en el orgullo americano por lo educativo: se lo consideraba una de las mejores formas de combatir al demonio, ya que éste trataba de evitar que se conociese la Biblia. Las clases eran dictadas principalmente en latín.

Desde luego, había algunos disconformes que no comprendían la diferencia entre educación y *training*. Jefferson no estaba solo. Estados Unidos comenzaba a necesitar canales, puentes y caminos. Expandía sus fronteras. Más tarde las cerraría. Y esa sería la excusa perfecta para justificar la abolición de la educación y su reemplazo por la instrumentalización. En el Acta de Morrill de 1812 se estableció la necesidad de tener un *College* en cada Estado para instruir en lo relativo a agricultura y artes mecánicas y para promover las distintas profesiones. El instrumentalismo que Jefferson había avizorado para la Universidad de Virginia echó raíces y llegó a ser la norma para la alta educación norteamericana. Al clasicismo que sobrevivió al mero instrumentalismo se lo dejó languidecer en aislados e ignorados *campus*.

Albert Jack Nock decía que la noción del *Ancien Régime* según la cual la educación es en su naturaleza selectiva y distintiva de una bien diferenciada élite fue barrida y reemplazada por la popular noción de que todo el mundo debería ir a la escuela, al *College* y a la Universidad y que habría facilidades para que cada uno estudiara lo que se le antojara. Las instituciones de docencia crecieron enormemente, la población estudiantil llegó a niveles nunca vistos. Becas, subsidios, préstamos, trajeron un enorme flujo de dinero y el sistema tomó el aspecto de un increíble *shopping*.

El instrumentalismo igualitario parecía haber triunfado más allá de las aspiraciones de Jefferson y Horace Mann. John Dewey publicó en 1916 su "Democracia y Educación", y el *establishment* progresista parecía listo para seguirlo tras la huella del igualitarismo, pero en el mismo momento en que el nuevo régimen aparentaba llegar a su apoteosis intelectual, los líderes conservadores comenzaron a juntar fuerzas en un intento de darle nueva vida a la universidad clásica. Irving Babbitt, Charles Eliot Norton, Paul Elmer More, Bernard Iddings Bell y luego Russel Kirk procedieron a erigir una formidable visión de la vieja universidad. Los críticos de Dewey sabían que la principal excusa para implantar el utilitarismo era "el cierre de la frontera americana", pero también sabían que el resultado era "El cierre de la Mente Americana", como muchos años después titulara Alan Bloom (1987) su severo diagnóstico sobre la universidad estadounidense.

La propuesta de los defensores del *Ancien Régime* era que al no existir ya fronteras, se debía volver a la educación como algo opuesto al *training*. Ellos podían proveer por lo

menos a los "pocos educables" (J.Nock) con una gran educación en la gran tradición, mientras también cuidaban de las necesidades de aquellos con menos dotes intelectuales.

El genio del viejo régimen descansaba en el hecho de que a la universidad no le conciernen las cuestiones prácticas. Debe preparar esencialmente para la vida y no para un quehacer particular. Como Jacques Maritain nos recuerda en "Education at the Roads" (1943) *"no es la gimnasia de sus facultades sino la verdad lo que la hace libre"... "El conocimiento no es lo que contiene más valores prácticos, sino lo que hace que el espíritu penetre en las cosas más ricas en verdad y en inteligibilidad; tal conocimiento proporciona el mejor ejercicio o entrenamiento, porque haciéndose dueño del objeto y dejándose dominar y vivificar por la verdad es como el espíritu gana a la vez energía y libertad"*.

### **La educación bajo las presidencias de Reagan**

Los grupos universitarios que apoyaron a Reagan en el ámbito académico acompañaron al intento de devolver su sentido a la educación -desde la evaluación de la enseñanza hecha por la Comisión Nacional de Excelencia Educativa, designada por el entonces Secretario de Reagan en el área, Terrel H. Bell, en 1981, y presentada en abril de 1983 con el sugestivo título de *A Nation at Risk* hasta la evaluación de lo realizado en los cinco años siguientes con la previsión de lo que aún restaba por hacerse en opinión del responsable del segundo período, William J. Bennet. En casi ocho años se obtuvieron logros importantes.

En su informe, Bell explica el peligro que avizora la nación, diciendo que la Historia no es complaciente con la indolencia y que premia el esfuerzo sostenido. En ese entonces, veintitrés millones de norteamericanos adultos no podían aprobar pruebas sencillas de escritura y de lectura. La prueba SALT, que mide actitudes más que conocimientos, declinó desde 1963 hasta 1980. Se registraba una disminución drástica de estudiantes con rendimiento superior. A los diecisiete años, el cuarenta por ciento no lograba sacar conclusiones de un texto, sólo una quinta parte podía escribir correctamente y sólo un tercio era capaz de resolver problemas matemáticos de varios pasos. Los hombres de negocios se quejaban de la falta de conocimientos básicos de los aspirantes a empleos. Pero el problema no era meramente técnico. Muchos lamentaban que se pusiera énfasis en inculcar rudimentos de computación a expensas del desarrollo de capacidades especiales como la comprensión, el análisis, la resolución de problemas o la aptitud para llegar a conclusiones. También advertía el Informe que se privilegiaba lo técnico sobre las humanidades y las artes. Sostenía que las humanidades deberían ser puestas a la par con la ciencia y la tecnología, si a estas últimas se las quería creativas y humanas. Entre las causas de estos retrocesos se señalaba la atmósfera que impregnaba todos los sectores de la sociedad, la gran educadora en conjunto. Se advertía una mediocridad generalizada, a la vez que islotes elitistas disgregados del contexto general. También se señalaba que la excesiva descentralización traía aparejadas faltas de control.

Como causas específicas, se destacaban la debilidad del currículo, la disminución de los niveles de exigencia, lo ínfimo del tiempo dedicado al estudio y la decadencia en la formación docente debida a la hipertrofia metodológica y a la falta de estímulos en la carrera.

Años más tarde, en abril de 1988, William Bennet entregó un segundo informe al presidente, "American Education: Making it Work", donde resume la toma de conciencia

del pueblo estadounidense luego del primer informe, señala los logros de ambas gestiones y los pasos que aun restarían para continuar con la política trazada en las dos presidencias de Reagan. Indica primero las objeciones que se alzaron contra el diagnóstico de Bell:

- a. Las escuelas no son tan malas como allí se dice.
- b. Primero se debe corregir a la sociedad.
- c. El poder de la burocracia de más de cien mil escuelas primarias y secundarias.
- d. El monto necesario para encarar la reforma.
- e. Los intereses mezquinos de quienes gobiernan Estados o escuelas.
- f. Los rechazos de algunas Legislaturas estatales debidos al electoralismo (Texas eliminó el test de maestros, Missouri impidió publicar los resultados de las pruebas de diagnóstico, Dakota del Sur eliminó las mayores exigencias del Departamento de Educación, etcétera).
- g. Los recursos judiciales iniciados por los sindicatos docentes

Pero esto es sólo un lado de la realidad. Como contrapartida se obtuvo un apoyo creciente de la opinión pública, como lo demuestra el inmediato entusiasmo de la población ante la publicación del primer informe. Se formaron doscientas setenta y cinco comisiones locales para poner en marcha la reforma. En los primeros doce meses, treinta y cinco Estados adoptaron medidas acordes con las preocupaciones del estudio y aumentaron significativamente los presupuestos educacionales locales. Acerca de los resultados se puede inferir que en la última mitad de la primera presidencia de Reagan y en la segunda, encontramos que luego de veinticinco años de descenso continuo, se vislumbraba un pequeño repunte o al menos una detención de la línea decadente.

*(Continuará)*

# Lewis Mumford, o la ciudad para la vida

por Fernando de Estrada



Muchos estudios se han realizado sobre el fenómeno de las metrópolis desde que, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Lewis Mumford publicó su clásico libro "La Cultura de las Ciudades". Sin embargo, los planteos expresados en aquella obra no pierden vigencia, sino que continúan inspirando a los interesados en esa cuestión vital de nuestra civilización.

La permanencia de Mumford es comprensible. Su reflexión no se limitó en "La Cultura de las Ciudades" a problemas aislados y contingentes; lejos de ello, abarcó un período histórico de mil años y los sometió al análisis sociológico y hasta puede decirse filosófico. El cuadro más amplio en que Mumford ubicó el estudio de la ciudad es el análisis de la técnica. En tal sentido, su libro inmediatamente anterior ("Técnica y Civilización", 1934) fundamenta "La Cultura de las Ciudades" y marca el *leit-motiv* de su bibliografía posterior.

## El ámbito natural del hombre

*"La ciudad, tal como la encontramos en la Historia, es el punto de concentración máxima del poderío y de la cultura de una comunidad. Es el lugar donde los rayos luminosos pero divergentes de la vida se unen formando un haz más eficiente y más rico en significado social. La ciudad es la forma y el símbolo de una relación social integrada: en ella se encuentran el templo, el mercado, el palacio de justicia y la academia del conocimiento. Aquí, en la ciudad, los beneficios de la civilización son múltiples y variados; aquí se concentran los destinos de la civilización y, en ciertas ocasiones, el ceremonial se transforma en el drama activo de una sociedad totalmente diferenciada y consciente de ella misma..."*

Estos párrafos con que se abre "La Cultura de las Ciudades" expresan de una vez lo entrañable que significa para Mumford el estilo de vida urbana y hasta qué punto lo considera indispensable para un pleno desarrollo humano. Su elogio de la ciudad continúa implícito al intentar la definición de la índole de ésta:

*"...La ciudad constituye un hecho de la naturaleza, lo mismo que una cueva o un hormiguero. Mas también es una obra de arte consciente, y contiene, dentro de su armazón comunal, muchas formas de arte más simples y más personales. La mente adquiere forma en la ciudad, y, a su vez, las formas urbanas condicionan la mente. El espacio, lo mismo que el tiempo, se reorganiza artísticamente en las ciudades, en las líneas periféricas y en las siluetas de los edificios. Al elegir los planos horizontales y los picos verticales, al utilizar o rechazar un lugar natural, la ciudad conserva la huella de una cultura y de una época y la relaciona con los hechos fundamentales de su existencia. La cúpula, el capitel, la avenida abierta y el patio cerrado nos revelan no solamente las diferentes disposiciones físicas, sino también las concepciones*

*esencialmente diferentes del destino humano. La ciudad es de utilidad física para la vida colectiva y un símbolo para aquellos movimientos colectivos que aparecen en circunstancias favorables. Junto con el idioma, es la obra de arte más grande del hombre...".*

*"...La naturaleza de la ciudad no se encuentra simplemente en su base económica: la ciudad, ante todo, es un emergente social, que tiende hacia su fin. Representa el máximo de posibilidades para humanizar el ambiente natural y naturalizar la herencia humana: da una forma temporal al primero y exterioriza en formas colectivas permanentes a la segunda.*

*"El hecho principal y más significativo respecto a la ciudad, como lo han señalado Geddes y Brandford, es que la ciudad funciona como el órgano especializado de la transmisión social. Acumula e incorpora la herencia de una región, combinándola en cierta medida y en cierta manera con la herencia cultural de unidades más grandes, nacionales, raciales, religiosas y humanas. Por un lado está la individualidad de la ciudad: el signo manual de su vida regional y de su historia. Por el otro están las huellas de la civilización, en las cuales cada una de las ciudades viene a ser un elemento constituyente".*

## **Decadencia**

Pero el desenvolvimiento de la Historia no es lineal, como creían los enciclopedistas del siglo XVIII, sino que para ella corresponde mejor el adagio latino según el cual "corruptio optima, pessima", la corrupción de lo mejor es lo peor. Mumford sabe que a veces, por desgracia frecuentemente, las fuerzas de destrucción prevalecen; en tales casos, la compleja y delicada estructura social urbana deja de servir a los fines elevados del hombre y pasa a ser instrumento para su sujeción a formas de barbarie.

*"...Cuando la ciudad deja de ser un símbolo de arte y de orden actúa en forma negativa: expresa el hecho de la desintegración y contribuye a darle mayor amplitud. En el confinamiento de la ciudad las perversidades y los males se propagan con mayor rapidez, y en las piedras de sus edificios se incrustan esos hechos antisociales; no es el triunfo de la vida urbana lo que determina la cólera profética de un Jeremías, de un Savonarola, de un Rousseau o de un Ruskin...*

*"Hoy no sólo tenemos que hacer frente a la ruptura social original. Asimismo nos enfrentamos a los resultados físicos y sociales acumulados de esa ruptura: paisajes mutilados, distritos urbanos desordenados, focos de enfermedad, grandes zonas recubiertas de hollín, y kilómetros y más kilómetros de barrios miserablemente standardizados alrededor de las grandes ciudades. En pocas palabras: un fracaso general y una derrota del esfuerzo civilizado. Hasta ahora lo que hemos hecho no satisface nuestras necesidades...".*

En la segunda parte de su obra, Mumford elabora una cronología de la decadencia urbana que consta de seis fases. Su exposición resulta ilustrativa de los temores con que Mumford contempla el estado presente de nuestra civilización. La serie es como sigue:

*"Primera fase: Eópolis, corresponde a la aldea. Desarrollo de la habitación permanente y de los órganos externos de asociación permanentes gracias a la agricultura y la seguridad de una provisión de alimentos equilibrada obtenida merced a la*

*domesticación de animales. Transmisión hablada de la tradición debida a la camaradería entre viejos y jóvenes. La asociación se hace sobre la base de la sangre y la vecindad; predominio de los grupos primarios..."*

*"Segunda fase: Polis. Asociación de aldeas o grupos consanguíneos con una sede común que facilita la defensa contra los ataques del invasor. Desarrollo de la producción industrial mediante la división sistemática del trabajo y la especialización parcial de las funciones; desarrollo de los negocios: aparece un sobrante de productos fabricados así como de alimentos. Desarrollo ulterior de la división social del trabajo mediante la multiplicación de asociaciones de organizaciones con finalidades determinadas. Desarrollo de la escuela como órgano para transmitir sistemáticamente los elementos de la herencia social a los niños..."*

*Tercera fase: Metrópoli: Dentro de la región surge una ciudad entre los grupos menos diferenciados de pueblos y de ciudades de campo. Aprovechando una ubicación estratégica, un caudal abundante de agua potable, un lugar fácil de defender, tierra buena para cultivar, el dominio fácil de las rutas terrestres o de las fluviales y un puerto más seguro generalmente gracias a la combinación de algunas de esas ventajas-, una ciudad atrae un número más grande de habitantes: se convierte en la metrópoli, osea en la ciudad madre..."*

*"El comercio con países distantes y la administración de la riqueza en esas regiones apartadas estimulan aún más la invención y crean la necesidad de símbolos abstractos: signos pictóricos, tablas numéricas y alfabetos.*

*"Desarrollo de órganos más eficaces de administración centralizada aparte de los tribunales y las asambleas primitivas; la fábrica desplaza a la agricultura, que ya sólo figura en segundo término, y a su vez se convierte en un instrumento de comercio".*

*"Fase cuarta; Megalópolis. Comienza la decadencia. La ciudad, bajo la influencia de un mito capitalista, se concentra en los negocios y en el poder. Crece el espíritu de empresa agresivo y la agresión emprendedora a medida que se embota el sentido moral y que el deseo de poder atenúa la atracción que ejercen sobre los seres los demás atributos de la vida; asimismo, se debilita el ansia cultural. Standardización, sobre todo en términos pecuniarios, de los productos culturales en el dominio del arte, la literatura, la arquitectura y el idioma..."*

*"Fase quinta: Tiranópolis. Extensión del parasitismo por toda la escena económica y social: la función de gastos paraliza la escena económica y social: la función de gastos interrumpe las actividades más altas de la cultura y ningún acto de la misma se justifica cuando no implica exhibición y gasto. La política se convierte en una competencia entre diversos grupos para explotar el tesoro municipal y el del Estado. Se extirpan todos los órganos comunales de la vida cívica, salvo los del Estado. Apatía moral generalizada y fracaso de la responsabilidad cívica: cada grupo y cada individuo toma lo que se puede llevar. Se abre un abismo cada vez más profundo entre las clases productoras y las clases gastadoras. Aumenta el lumpen proletariat que reclama su parte de pan y de espectáculos. Deportes cada vez más violentos para las masas. Amor parasitario por las sinecuras en todos los órdenes de la vida. Los gangsters y la soldadesca degradada exigen dinero con el pretexto de proteger; el pillaje organizado y el chantaje organizado constituyen acompañamientos normales de los negocios y de la empresa municipal..."*

*Fase sexta y última: Necrópolis. La guerra y el hambre asolan la ciudad y la campaña. Las ciudades se convierten en simples revestimientos. Quienes permanecen en ellas no*

*pueden costear los antiguos servicios municipales ni mantener la antigua vida cívica: lo que queda de la vida es, en el mejor de los casos, una torpe caricatura. Los nombres persisten, pero la realidad se desvanece..."*

*"...Las formas vivientes de la antigua ciudad se convierten en una tumba; la arena cubre las ruinas, como sucedió con Babilonia, Nínive y Roma. En pocas palabras, necrópolis es la ciudad de los muertos: la carne se convierte en cenizas y la vida en una columna de sal sin sentido".*

Nuestra civilización, según Mumford, puede escapar a ese destino si abandona su culto de la mecanización y orienta la tecnología hacia valores humanos más elevados. Para ello sería necesario guiarse por otras ideas.

*"Desgraciadamente, las filosofías políticas a la moda en el siglo diecinueve poca o ninguna ayuda nos ofrecen para definir esta nueva tarea: sólo tienen en cuenta abstracciones legales, como la humanidad, la nación, el pueblo, o abstracciones económicas, como clase capitalista o proletariado, en tanto que la vida tal como era vivida en las regiones y pueblos de la tierra del trigo, de la tierra del maíz y de la tierra de la vid, en la mina, en la cantera y en las pescaderías, sólo se concebía como una proyección de los mitos prevalecientes y de la imaginación audaz de las clases dirigentes, o, a menudo, de la imaginación no menos audaz de aquellos que las desafiaban".*

*"Ahora bien, el ambiente dominante urbano del siglo pasado ha sido en lo principal un producto sucedáneo mezquino de la ideología maquinística. En la actualidad casi todo ese producto resulta anticuado como consecuencia del avance rápido de las artes y de las ciencias biológicas, y por la penetración constante del pensamiento sociológico en todos los departamentos del ambiente urbano. Hemos alcanzado hasta ahora un punto donde esas acumulaciones recientes de percepción histórica y de conocimiento científico pueden influir sobre la vida social, moldear nuevamente las formas de las ciudades y contribuir a transformar los instrumentos y los fines de nuestra civilización. Ya se vislumbran los cambios profundos que afectarán la distribución y el aumento de la población, la eficiencia de la industria y la calidad de la Cultura Occidental. Una de las tareas principales del estudioso contemporáneo de la ciudad consistirá en hacer una estimación exacta de esas nuevas potencialidades y sugerir su dirección a objeto de afianzar el bienestar humano. En última instancia esos estudios y proyectos imaginativos deben ejercer una presión directa sobre la vida de todo ser humano civilizado."*

Para comprender cuál es el aporte que con sus libros Mumford ha tratado de acercar a la obra de reconstrucción, se hace preciso describir las etapas de la historia de la técnica tal como él las ha identificado. Son fundamentalmente cuatro, y las correspondientes designaciones las ha tomado Mumford de su maestro Patrick Geddes:

*Período eotécnico. Se refiere a los comienzos de la era técnica moderna, cuya economía está basada en el aprovechamiento del viento, del agua y de la madera para producir energía. La madera era el material generalmente empleado en las construcciones. Esa modalidad predominó en Europa occidental desde el siglo X hasta el XVIII, y desde el siglo XIII en adelante se caracterizó por las mejoras introducidas en la navegación, en la industria del vidrio y en la de los textiles. En ese período se construyeron muchos canales, y en su última fase se nota el aprovechamiento de la energía aplicada a las máquinas.*

*Paleotécnico. Se refiere a la economía del carbón y del hierro, la cual existió como mutación en el período eotécnico (altos hornos y ferrocarriles primitivos), pero que en el siglo XVIII comenzó a desplazar al complejo eotécnico y, entre 1850 y 1890, se convirtió en un dominante. Principales invenciones: la máquina a vapor, el convertidor de Bessemer y varios dispositivos automáticos para hilar y tejer. La economía eotécnica subsistió en forma recesiva hasta 1875.*

*Neotécnico. Se refiere a la nueva economía que comenzó a emerger en la penúltima década del siglo XIX y que se basaba en el uso de la electricidad, los metales más livianos tales como el aluminio y el cobre, y las tierras y metales raros tales como el tungsteno, el platino, el torio y otros. En este período se realizan grandes mejoras en el aprovechamiento de la energía, que culminan en la turbina hidráulica; se lleva a cabo la destilación seca del carbón y se logra aprovechar por completo los materiales viejos y los subproductos. Asimismo se introducen mejoras en las máquinas, muchas de las cuales llegan a ser automáticas. Principales invenciones: el transformador eléctrico, el motor eléctrico, la luz eléctrica y la comunicación eléctrica por medio del telégrafo, del teléfono y de la radio; cabe también mencionar la vulcanización del caucho y el motor a explosión. En la actualidad el complejo eotécnico es un sobreviviente y el paleotécnico es un recesivo, en tanto que el neotécnico es un dominante.*

*Biotécnico. Se refiere a la economía emergente que se aparta cada vez más del complejo neotécnico (puramente mecánico) y que nos permite entrever una nueva civilización. En esa nueva fase del progreso humano las ciencias biológicas serán aplicadas a la tecnología y la tecnología misma se orientará hacia la cultura de la vida.*

*Las mejoras, en lugar de depender únicamente de las manipulaciones mecánicas de la materia y de las leyes orgánicas, descansarán sobre una utilización más orgánica de todo el ambiente como reacción a las necesidades de los organismos y grupos considerados en sus múltiples relaciones: físicas, biológicas, sociales, económicas, estéticas y psicológicas".*

## **La civilización urbana puede sobrevivir**

En "El Pentágono del Poder", publicado en 1970, Lewis Mumford retoma su diagnóstico al señalar que el pensamiento del siglo XVIII, con su racionalismo extremo, acostumbró al método de dividir a la realidad para dominarla paso a paso, por compartimentos estancos; eso llevó a perder el sentido de la vida como una gran red, que es precisamente lo que hoy pretende demostrar la ecología.

*"Tengo una inmerecida reputación a causa de haber promovido la ecología ha declarado Mumford-; la verdad es que nunca la promoví como tal. Simplemente, ha formado parte de mi vida, sin ser nunca un tema independiente. Yo pienso en amplios complejos, en el ambiente todo y no en fragmentos aislados. Eso es un modo ecológico de pensar, pero cuando lo practico estoy pensando en algo distinto". Esta actitud corresponde a la nueva filosofía que, según dice en "El Día de Oro", libro de 1926, "deberá orientarse por completo hacia la vida tal como la dominante desde Descartes se orienta por completo hacia la máquina".*

Por cierto, la ventaja con que la cosmovisión mecanicista contaba antaño es decir, el optimismo desmesurado en cuanto a sus posibilidades- hace mucho que declina. *"La experiencia de la congestión urbana, de la degradación ambiental y de la desmoralización humana pertenecen ya a la experiencia cotidiana de cada uno de nosotros. La certeza de que se acerca una catástrofe y de que la misma será inevitable*

*si no se toman rápidamente las medidas preventivas ha logrado una intensa respuesta psicológica. En este sentido, cuanto más manifiesta es la degradación, más efectivas parecen ser las soluciones prácticas".*

Los párrafos citados pertenecen a una entrevista a Mumford publicada en 1972, al igual que estas reflexiones inmediatas que expresan su desconfianza de que sea tales "soluciones prácticas" resulten suficientes: *"La tan difundida confianza en que los recursos tecnológicos alterarán la situación ecológica actual es equivocada. Lo que hace falta es que la gente cambie su actitud para consigo misma. La mayoría de los cambios verdaderamente importantes, verdaderamente decisivos, tendrán que ser cambios humanos, no cambios tecnológicos. Tenemos que modificar nuestros hábitos de vida, nuestras expectativas. Es un cambio que nada tiene que ver con la tecnología, pues de lo que se trata es de una actitud fundamentalmente moral".*

Estas palabras de Mumford con las que puede sintetizarse su mensaje encierran el pensamiento de uno de los más brillantes estudiosos anglosajones para quien, al fin de cuentas, el rumbo que tomó la estirpe de pueblos a que perteneció es errado a causa de su materialismo e individualismo. Quizás muchas de las modalidades que el mundo latino cultiva y que suelen considerarse expresiones de supuesto atraso constituyan en realidad un patrimonio espiritual capaz de sostener en el futuro la elaboración de la ciudad para el hombre, tan diferente en su esencia de las metrópolis sin alma.

# El sentido actual de la técnica

## por Alberto Buela (\*)

### El hombre como ser carencial

Es sin duda el mérito de uno de los más grandes filósofos y sociólogos del siglo XX, Arnold Ghelen (1904-1976) el definir al hombre como *un animal deficiente*(1). Desde el punto de vista de su pobreza instintiva y orgánica, no tiene garras, ni piel aislante, ni colmillos desgarradores, el hombre es un ser deficiente o carencial (*Mängelwesen*). Para ciertas funciones vitales de la subsistencia el hombre debe aprender a utilizar sus recursos físicos e intelectuales; esa franca desventaja frente a los otros animales la tiene que paliar mediante el uso de la técnica.

Ésta es el instrumento mediante el cual se sirve el hombre para mitigar e incluso superar sus debilidades biológicas.

La técnica, en griego *téchne* no es otra cosa que la proyección de los órganos, y es en este sentido que pudo afirmar Aristóteles: "*la mano es el instrumento de los instrumentos*". Así el gancho será un dedo doblado, un plato el hueco de la mano, el pulgar oponible una tenaza, los dedos abiertos un peine o un rastrillo. De las diversas posiciones de los brazos, la mano y los dedos surgirán instrumentos de caza, pesca y labranza fácilmente observables.

### Etapas en la historia de la técnica

La técnica al ir paulatinamente *aliviando la carga* de las tareas a realizar hace que el hombre tome cada vez más distancia de la naturaleza hostil y amenazadora.

Podemos establecer tres momentos o etapas en el desarrollo de la técnica.

1)En un primer momento se presenta como "proyección de órganos" (El martillo no es otra cosa que un puño cerrado golpeando), cuando el hombre tiene todavía que invertir un gasto físico y mental en el uso de la herramienta.

2)En un segundo momento tenemos la "descarga de órganos", donde las máquinas de fuerza (el uso del motor a explosión) sustituyen la fuerza física del hombre produciendo la descarga del esfuerzo de trabajo.

3)Finalmente en una tercera etapa ocurre la "sustitución de los órganos" donde las herramientas se transforman en artefactos sofisticados (robots, computadoras) que sustituyen incluso el esfuerzo mental del hombre. Se cierra así el círculo de sustitución del factor humano por parte de la técnica, círculo que es más bien una espiral, pues muestra al hombre creando algo que sigue su propia dinámica de desarrollo insensible a los lamentos de sus diseñadores.

### El hombre como animal de costumbres

El hombre en tanto ser deficiente ha buscado la adaptación al entorno a través de la técnica llegando a una automatización cada vez mayor, y ello como consecuencia de la

necesidad intrínseca que tiene de lograr una adaptación estable al medio.

El fenómeno repetitivo, reiterativo, regular y estable de las acciones y los actos lleva seguridad al hombre como ser de acción.

A su vez esas acciones rutinarias se inspiran en la fascinación que los ritmos que lo rodean ejercen sobre él. Estos movimientos rítmicos del mundo natural (la sucesión de las estaciones, las mareas, la respiración, los latidos del corazón, el trote de los caballos, la regularidad de los nidos, panales y hormigueros, etc.etc.) hacen que el hombre haya comenzado su desarrollo técnico imitando a la naturaleza.

Así en un primer momento ara los mismos campos, con las mismas herramientas y en las mismas fechas. Esta es una acción orgánica y vivida, porque él está implicado en la misma.

En un segundo momento encontramos las acciones mecánicas que son aquellas que se producen sin variación posible. Se produce lo idéntico sin matices. El hombre se limita a controlar el funcionamiento de la máquina.

En un tercer momento, el de la robótica inteligente, pasa de un ser de control a un ser superfluo o pasivo. El hombre como ser de acción ha sido totalmente reemplazado. Hoy estamos viviendo esta última etapa.

### **El sentido de la técnica**

Mucho y bueno se lleva escrito sobre la técnica, recordemos tan solo tres o cuatro estudios insustituibles: Heidegger (1889-1976): *La pregunta por la técnica*; Spengler (1880-1936): *El hombre y la técnica*; Friedrich Georg Jünger (1898-1977): *La perfección de la técnica*; Ortega y Gasset (1883-1955): *Meditaciones sobre la técnica*.

Cada uno de ellos en mayor o menor medida aportó su grano de arena en la desmitificación de este concepto denunciando la alienación que produce en el hombre su uso exagerado y sin medida.

Así Heidegger dice: *la esencia de la técnica es en un sentido elevado equívoca, por una parte constituye el peligro y por otra lo salvador.p. 76*

Spengler a su turno afirma: *El hombre fáustico creador de la técnica comienza a hartarse de ésta, se ha producido la traición de la técnica para con sus creadores p. 103.*

F.Jünger dice: *las máquinas, "per se", imponen la creación de otras máquinas, hasta alcanzar el automatismo completo dominado por su propia lógica.p. 72.*

Finalmente Ortega afirma: *"la técnica es el esfuerzo para ahorrar el esfuerzo, lo que hacemos para evitar los quehaceres que la circunstancia primaria nos impone" p.O.C. 333.*

Si leemos con atención estas cuatro citas magistrales veremos como se destacan en ellas tres rasgos esenciales del fenómeno de la técnica: 1) su carácter de ambivalente; 2) la idea de extrañamiento del hombre en ella y 3) como liberadora del esfuerzo.

En el primer caso se destaca la primacía del hombre sobre la técnica en el sentido que ésta es para o está al servicio del hombre y no a la inversa, el hombre para la técnica, que destacaría su aspecto alienante que está denunciado en el segundo caso. Mientras que en el tercero la técnica retoma la primera acepción como liberadora del esfuerzo al servicio del hombre.

Se cierra así este círculo hermenéutico de interpretación de la técnica: "*la técnica está al servicio del hombre, no al revés, y en esa medida es liberadora del esfuerzo*".

## El riesgo contemporáneo

El hombre por la técnica mediatiza la inmediatez, con lo cual está realizando, según la definición de hombre que nos da Hegel: *el ser que puede mediatizar la inmediatez*, su propia índole pero al mismo tiempo puede por la técnica alienar dicha esencia. Este carácter ambivalente de la técnica evidencia su naturaleza de "medio" y no de "fin".

Nosotros, el hombre de hoy día, vivimos rodeados y subordinados a la técnica. Nada de lo que podamos hacer para seguir viviendo está libre de ella. Los artefactos nos rodean por todos lados, computadoras, televisores, comunicaciones, dinero electrónico, sexo virtual, píldoras anticonceptivas o potenciadoras sexuales, vehículos de todo tipo, etc. etc.

Salvo en algunas vacaciones campestres, el hombre contemporáneo dejó todo contacto con la primigenia *téchne*. Aquella que surgía de su propio cuerpo y era expresión de sus propios necesidades.

Hoy al multiplicarse la técnicas se han multiplicado las necesidades, muchas de las cuales son necesidades falsas.

La paradoja, como nota característica de nuestra época, es que esta máxima perfección de los medios, desarrollada por la más alta y sofisticada tecnología va unida hoy a la máxima confusión respecto a los fines.

¿Cuál es entonces la solución, si la hay?

En principio: *poder decir no* a la técnica en aquellas cosas en que podemos prescindir. Así, dejar el *fast food* y tomarnos un tiempo para encender el fuego y hacernos nosotros la comida. Evitar el aire acondicionado y vestir más *décontracté* utilizando los viejos ventiladores o abanicos. Escribir a mano las cartas más personales dejando de lado la computadora. Esto se ve también en la vuelta a las artesanías. Los ejemplos son infinitos y que cada uno agregue el suyo.

Y en segundo lugar, recuperar la serenidad en el trato con la técnica, esto es, que si la tengo que utilizar sea de tal forma que utilizándola no me alieno en ella sino que siempre la domino(2). Y ello se funda no en el mayor o menor manejo tecnológico, como piensan los tecnócratas, sino porque yo (el hombre) le fijo los fines.

1.- Sus obras fundamentales son: *El hombre: Su naturaleza y lugar en el mundo* (1940); *El alma en la era de la técnica* (1957) y su obra póstuma *Antropología Filosófica* (1986). Ediciones en castellano *El hombre*, Sígueme, 1980 y 87; *Antropología*, Paidós,

1993. En italiano: *L'uomo nell'era tecnica*, SugarCo, 1987.-

Pueden consultarse con mucho provecho los siguientes artículos: Arnold Gehlen: "La condición del hombre en la era de la técnica", de José Javier Esparza, en Hespérides N° 7, Madrid, primavera 1995.-

"Una antropología de la técnica", de Amán Rosales, en Estudios N°64-65, México, primavera 2001.-

2.- Permítasenos una sutileza, nosotros decimos "*usar la tecnología pero dominándola*", en tanto que el renombrado Marc Augé sostiene: "*amar la tecnología y saber controlarla*". A simple vista pareciera lo mismo pero no lo es, pues una cosa es "dominar algo", esto es, ejercer el señorío o tener imperium sobre algo y otra cosa es "controlar algo", esto es fiscalizar, verificar o inspeccionar algo.

Además una cosa es usar, que es el verbo apropiado para los útiles que siempre tienen el carácter de medios y no de fines como es el caso de la técnica y otra cosa es "amar la tecnología" como propone Augé (La Nación, 22-6-05). Pues se ama sólo aquello en donde descansa o se place el sentimiento. El amor tiene sentido de causa final y no de medio. La tecnología se usa, los animales se quieren y las personas se aman.

(\*) CEES (Centro de estudios estratégicos suramericanos)

alberto.buela@gmail.com